

Síntesis Sociales

elaboradas por el

día

CARTA DEL P. ARRUPE SOBRE EL PROBLEMA RACIAL

La revista SIC, impulsada por el deseo de ofrecer a sus lectores documentos de "impacto" social y cristiano, ha traducido directamente del original inglés la carta que el P. General de la Compañía de Jesús, P. Pedro Arrupe, dirigió a todos los jesuitas norteamericanos con motivo de la crisis racial. Fueron difundidos extractos a través de las grandes agencias mundiales de noticias. La carta lleva fecha de la "Fiesta de Todos los Santos", 1 de noviembre del presente año de 1967.

A los Padres, estudiantes y hermanos de la asistencia de América

Debemos afrontar el problema racial con toda la sinceridad de nuestra mentalidad cristiana.

Queridos Padres y Hermanos en Cristo, P. C.:

La gravedad de la presente crisis racial en los Estados Unidos y su serio impacto en la doctrina y práctica cristianas me impulsan a dirigiros esta carta. Lo hago con un gran sentido de responsabilidad y después de haberlo consultado con los Provinciales americanos y con expertos en el campo de las relaciones raciales. El problema es urgente y complicado. No es fácil poner por escrito lo que yo quisiera deciros, pero estoy seguro de que leeréis mis palabras en el mismo espíritu en que están escritas.

La crisis racial, ante todo, lleva consigo un reto directo a nuestra sinceridad en profesar un concepto cristiano del hombre. De la respuesta nuestra y de la de hombres de nuestra mentalidad dependerá la proporción en que la

Un gran sector de los negros norteamericanos, apoyados por un buen número de personas conscientes y responsables, luchan contra toda discriminación social fomentada por una comunidad blanca que se cree superior. Ante semejante crisis, ¿cuál es la postura de los jesuitas? La respuesta es clara.

solución de la crisis tenga un carácter cristiano. Y esto, a su vez, determinará si la crisis se desarrolla hacia un gran logro humano o hacia un gran fracaso humano.

Por primera vez en su trágica historia de esclavitud constitucional, de legal segregación, y ahora de discriminación social, el gran sector de los negros americanos, con una creciente dignidad y confianza en sí mismos, están dando señales convincentes de su determinación de conseguir su legítima posición como hombres y como ciudadanos adultos. La exitosa búsqueda de este objetivo redundará en un duradero crédito no solamente del negro, sino también de todos aquellos que luchan con él por la realización de la igualdad humana. Por otra parte, si la resistencia puesta por parte de una hostil comunidad blanca, con su correspondiente reacción extrema por parte del grupo de los negros más militantes, hace fracasar este esfuerzo, no solamente se perderá una histórica oportunidad, sino que además quedará abierta la terrible posibilidad de una fractura permanente en la estructura de la vida nacional.

En presencia de tal crisis, los recursos de los hombres rectos deben ser coordinados para asegurar que las ricas potencialidades del movimiento de los derechos humanos no degeneren en un conflicto destructivo. En este momento de desesperada necesidad humana, ¿cuál es el papel de la Compañía de Jesús en su servicio a la Iglesia y en su fidelidad al espíritu del Concilio Vaticano II? ¿No es acaso el de impulsar a sus hijos a trabajar con todos los hombres de buena voluntad al logro de que todos los aspectos y prácticas de las instituciones americanas posean un ambiente tal que la dignidad humana y los derechos de todos sean reconocidos, respetados y protegidos?

Raza y pobreza

Las relaciones raciales y la pobreza no son necesariamente y en todas partes dos aspectos del mismo problema. Pero, de hecho en los Estados Unidos, el problema de la discriminación racial difícilmente puede ser considerado separado del problema de la pobreza. Aquella lastimosa descripción del pobre, hecha por mi predecesor, el P. Juan Bautista Jansens, en su **Instrucción acerca del Apostolado Social**, el 10 de octubre de 1949, está angustiosamente verificada de un manera muy especial entre los cientos de miles de explotados raciales.

En dicha Instrucción, el P. Jansens suplicó que nosotros los Jesuitas entiéramos...: "Ciertamente conviene hacerse cargo de lo que supone el verse humillado toda la vida, al hallarse en la más baja condición, el ser olvidado o despreciado por muchos; el no poder presentarse en público por falta de vestido decoroso y de educación social; el ser instrumento con el que otros se enriquecen; tener limitado hasta el pan de cada día y nunca estar seguro del mañana; verse obligado a trabajar menos o más de lo que pueden sus fuerzas, con toda clase de peligros para su salud, dignidad y honor; el estar días y meses sin trabajo, y sentirse atormentado por la desidia y la necesidad; el no poder educar convenientemente a los hijos, sino tener que exponerlos a la promiscuidad de las plazas públicas, a las enfermedades y a la miseria, y llorar a muchos de ellos arrebatados por la muerte en su tierna edad por falta de una atención más esmerada; el nunca gozar de un descanso psíquico o corporal digno del hombre, y al mismo tiempo ver junto a sí que aquellos por quienes trabajan abundan en riquezas y disfrutan de comodidades aun superfluas, se dedican a los estudios liberales y a las artes nobles, acumulan honores, triunfan y son alabados."

Los pobres están pidiendo con todo derecho una equitativa participación en los beneficios del progreso científico y tecnológico. Ellos están sinceramente buscando líderes que los hagan capaces de asegurar una justa participación en la generosidad de la tierra, líderes que los liberen de la miseria de una perenne pobreza y les den la oportunidad de vivir en la plenitud de la dignidad humana. Si, en esta revolución de expectativas crecientes, no pueden encontrar en el mundo libre la simpatía y la ayuda que necesitan, serán tentados a volver sus ojos a otros líderes y otros sistemas que son opuestos a las verdades cristianas y a los ideales democráticos.

En los Estados Unidos la discriminación racial suele ir unida a una situación de pobreza. Conviene que los jesuitas recordemos la descripción del pobre hecha por el anterior general Padre Janssens en su Instrucción Social.

El problema americano

Son diversos los grupos que sufren la discriminación y la pobreza dentro de los Estados Unidos. Lo que voy a decirles puede aplicarse a todos ellos, pero voy a aludir expresamente al problema negro, por ser el más extenso y el más trágico.

Los tumultos y derramamiento de sangre que están acompañando a la contienda racial en los Estados Unidos nos están dando un terrible aviso acerca del peligro que se está fraguando a no ser que se tomen efectivas, rápidas y sinceras medidas para erradicar la injusticia racial y la demoleadora pobreza.

Los grupos principales sobre quienes recae más pesadamente la presión de la discriminación y de la pobreza son los negros en todos los sectores de la nación, los mejicano-americanos en el Sud-Oeste, los puertorriqueños enclavados principalmente en ciudades como Nueva York y Chicago, los indios americanos que viven en su mayoría en acantonamientos en el Oeste y los trabajadores estacionales que siguen a las cosechas según sean sus estaciones. Pero ya que la minoría de los negros es la mayor y más trágica víctima y está en el centro de la preocupación doméstica, voy a colocar un énfasis especial en las relaciones entre blancos y negros, consciente del hecho de que la mayor parte de las cosas que digo son aplicables a otros grupos, víctimas de discriminación y pobreza.

Los Estados Unidos gozan de una reconocida posición en el mundo libre. La nación, por lo tanto, lleva una pesada responsabilidad de resolver los problemas de discriminación y pobreza dentro de sus fronteras con el fin de que sus esfuerzos por contribuir a solucionarlos en otras partes del mundo no sean mirados con desconfianza.

Los ideales americanos

El ideal norteamericano de igualdad, que repudia todo racismo, quedó expresado con vigor en la Declaración de la Independencia de 1776. Sin embargo, está muy lejos de haberse cumplido.

Los americanos tienen un justificado orgullo en su filosofía política y moral, enunciada en la Declaración de la Independencia de 1776: "Nosotros mantenemos que estas verdades son evidentes por sí mismas, que todos los hombres son creados iguales, que ellos están dotados por su Creador con ciertos derechos inalienables, que entre ellos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad." La Declaración hace referencia expresamente a Dios, al Creador, al Supremo Juez del mundo, y expresamente encomendó la joven nación a su Divina Providencia. Nosotros, con razón, nos regocijamos en esta solemne y deliberada afirmación de fe político-religiosa del pueblo americano. Pero esta fe político-religiosa no ha sido suficiente. Estos ideales no han sido eficaces por sí mismos. El racismo se ha extendido a través del cuerpo político tanto en el Norte como en el Sur.

Es famosa la decisión de la Corte Suprema, el 17 de mayo de 1954, contra la segregación escolar.

Sin embargo, en la Providencia de Dios está amaneciendo ahora una nueva y esperanzadora era en las relaciones raciales. La Corte Suprema de los Estados Unidos, en su justamente famosa decisión acerca de los casos de segregación en las escuelas, el 17 de mayo de 1954, y sus consiguientes decisiones para mantenerla, ha sostenido clara y consistentemente que la compulsiva segregación racial es irreconciliable con la "igual protección de las leyes" y que todo estatuto, política o acto oficial de discriminación racial es inconstitucional. Con estas decisiones la Corte Suprema ha manifestado su humildad, su coraje y su perseverancia en una búsqueda implacable de los ideales americanos.

Recientemente, tanto el Congreso Nacional a nivel federal como muchos Estados han promulgado leyes antirraciales.

Siguiendo el liderazgo de la Corte Suprema, el Congreso Nacional ha elaborado recientemente cierto número de leyes, dentro de su jurisdicción federal, con el fin de proteger los derechos civiles contra la discriminación racial y fomentar la igualdad de oportunidades económicas entre las personas de todas las razas. Además, muchos de los Estados, dentro de su propia competencia legislativa, han elaborado estatutos de anti-discriminación en los campos de la educación, de los servicios públicos, del empleo y de la vivienda. Son avances alentadores en la larga y penosa lucha en favor de la justicia y caridad interracial.

He aludido a las dificultades en el progreso de las relaciones raciales, desde la Declaración de la Independencia hasta el presente día, con el fin de puntualizar una vital lección histórica. Los principios no garantizan la prác-

Pero no bastan las leyes y los tribunales. Se necesita llegar a la conciencia de los hombres.

tica. Y esto es verdad, no solamente a nivel de los principios políticos, sino también a nivel de los principios religiosos. Porque el racismo, en todas sus repugnantes manifestaciones, sea que esté basado en estatutos anticonstitucionales o forzado por prácticas no-cristianas, tanto en la vida pública como en la privada, es objetivamente hablando un mal moral y religioso. Y como tal nunca puede ser resuelto adecuadamente por leyes o tribunales civiles. Debe ser también resuelto en las conciencias de los hombres. Los Jesuitas americanos, no pueden, no deben mantenerse aislados.

Ideales religiosos

El concepto cristiano del hombre exige unas relaciones de justicia y caridad entre las diversas razas. La enseñanza de la Iglesia y particularmente del Vaticano II es manifiesta. El racismo va contra el espíritu de Cristo.

Los ideales de la Declaración de la Independencia, de libertad humana y de igualdad ante Dios están contenidos en la Teología de la Iglesia Universal. La dignidad de la personalidad humana, la unidad de la raza humana y la igualdad de todos los hombres son esenciales en el Evangelio cristiano, que proclama nuestro origen común, nuestro fin común, nuestra común redención y nuestro destino común. Estas verdades fundamentales de nuestra fe exigen e inspiran un amor sobrenatural a todo ser humano como hijo del Padre y como hermano de Cristo; y, por lo tanto, exigen e inspiran un celo sobrenatural por la justicia y caridad interracial. De ahí se sigue que si nosotros hacemos distinción entre negro y blanco, y, en base a tal distinción, actuamos como si debiéramos al negro algo menos en justicia y caridad que al blanco, hacemos violencia al concepto cristiano del hombre.

Ciertamente, al escribir a mis compañeros Jesuitas no es necesario que me extienda en las enseñanzas de la Iglesia en lo que concierne a la justicia y caridad interracial. Estas enseñanzas les son bien conocidas. El Papa Paulo VI, el 29 de octubre de 1967, declaró: "El Concilio Vaticano II clara y reiteradamente condenó el racismo en sus varias formas como una ofensa contra la dignidad humana, 'extraña a la mente de Cristo' y 'contraria a los designios de Dios'." El Santo Padre se refirió particularmente al siguiente pasaje de la **Declaración acerca de las relaciones de la Iglesia con las Religiones no Cristianas**:

"No podemos invocar a Dios, Padre de todos, si nos negamos a conducirnos fraternalmente con algunos hombres creados a imagen de Dios. La relación del hombre para con Dios Padre y con los demás hombres, sus hermanos, están de tal forma unidas que, como dice la Escritura, el que no ama no ha conocido a Dios (I Cor. 4, 8).

Así se elimina el fundamento de toda teoría o práctica que introduce discriminación entre los hombres y entre los pueblos, en lo que toca a la dignidad humana y a los derechos que de ella dimanan.

La Iglesia, por consiguiente, reprueba como ajena al espíritu de Cristo cualquier discriminación o vejación realizada por motivos de raza o color, de condición o religión."

La Jerarquía norteamericana, en su declaración de 1958, subrayó que el núcleo del problema es moral y religioso; y que, a pesar de las dificultades, es vital el actuar con urgencia y decisión.

En lo que concierne a las condiciones raciales en los Estados Unidos, la Jerarquía americana, en su declaración de 1958 acerca de la **Discriminación y la Conciencia Cristiana**, hizo énfasis en que **la médula del problema racial es moral y religiosa**. Como conclusión los Obispos dijeron lo siguiente:

"Por esta razón esperamos y rogamos encarecidamente para que todos los americanos responsables, de todos los credos religiosos, en todas las áreas de nuestra tierra, arrebaten la bandera del liderazgo de manos del agitador y del racista. Es vital que actuemos inmediatamente y con toda decisión. Antes que sea demasiado tarde todos debemos actuar calladamente, valientemente y con plegarias fervientes.

"Por el bienestar de nuestra nación hacemos un llamado a todos a que arranquen de sus corazones toda amargura y odio. La tarea a realizar es verdaderamente difícil. Pero los corazones inspirados del amor cristiano serán capaces de superar estas dificultades.

"Sin duda ninguna, pues, estos problemas son vitales y urgentes. Que Dios proporcione a nuestra patria la gracia para que sea capaz de hacer

frente al reto que se le presenta. En consideración a las generaciones de futuros americanos y de toda la humanidad, no podemos fallar."

¿Se ha resistido también la Compañía a poner en práctica la plenitud de la Doctrina Cristiana?

Las verdades de nuestra fe, las enseñanzas del Concilio Vaticano II, las declaraciones de la Jerarquía americana, son bien claras y urgentes. Por lo tanto, inmediatamente se nos presenta una pregunta crucial: la histórica resistencia del ciudadano americano en poner en práctica la Declaración de la Independencia ¿ha estado paralelamente acompañada por una resistencia por parte de la Compañía para poner en práctica la plenitud de la Doctrina Cristiana?

Las sombras.

Resulta una acusación el recordar que, antes de la guerra civil, algunas casas de Jesuitas americanos poseían esclavos negros. Resulta humillante el recordar que, hasta muy recientemente, cierto número de instituciones jesuíticas no admitían negros cualificados aun en áreas en que no prevalecían las restricciones contra las escuelas integradas, y esto sucedía aun tratándose de negros católicos. Es vergonzoso anotar que, incluso en la actualidad, algunas de nuestras instituciones apenas han realizado, al parecer, poco más que una obligada integración del negro. Es saludable reflexionar sobre estos hechos.

Las luces.

Desde luego que es verdad que ha habido Jesuitas en la historia de la Asistencia americana que se han distinguido en un trabajo fiel y efectivo con muchos grupos minoritarios. Tenemos en los Estados Unidos un largo y orgulloso record de trabajo con los indios americanos, con los irlandeses, con los italianos, con los alemanes y con los inmigrantes eslavos de los siglos XIX y principios del XX. En el tiempo presente hay prominentes Jesuitas identificados con el apostolado de los puertorriqueños en el área metropolitana de Nueva York, y la actividad jesuítica en favor del mejicano-americano en El Paso es digna de una mención especial.

Sin embargo, nuestro esfuerzo en favor del negro no ha sido lo que debía haber sido. La Compañía, como corporación, no ha estado a la altura de las circunstancias.

Sin embargo, nuestra hoja de servicios en favor del negro americano ha quedado mucho más corto de lo que debía haber sido. Reconozco que en tiempos presentes ha habido grandes pioneros tales como los Padres John LaFarge y John Markoe y otros que les han seguido. Estos Jesuitas americanos, a pesar de las malas interpretaciones y aun oposición, a veces provenientes de dentro de la Compañía, tienen en su haber actos verdaderamente heroicos en su trabajo con el negro. Pero, desgraciadamente, nuestro apostolado con el negro en los Estados Unidos ha dependido principalmente de la iniciativa individual y muy poco del esfuerzo corporativo de la Compañía. En la época de la emigración masiva de Europa a los Estados Unidos, nuestros hombres dieron un servicio relevante al pobre explotado, a ese pobre a quien se sentía vinculado con lazos étnicos y religiosos. Pero en las décadas subsiguientes, a medida que los grupos de inmigrantes ascendían económica, educacional, política y socialmente, la Compañía de Jesús tendió a identificarse más y más con la clase media, con el sector blanco de la población.

Por qué tan poco compromiso

Es conveniente que reflexionemos y examinemos el porqué de un tan escaso esfuerzo en favor del negro. Sugiero algunas consideraciones.

Nos vendría muy bien en todos los sentidos, tanto desde el punto de vista individual o como miembros de las comunidades de Jesuitas, el examinar tan poco esfuerzo en favor del negro y con el negro. Permitidme sugerir algunas posibles respuestas: un defecto en apreciar en su plenitud las implicaciones prácticas del concepto cristiano del hombre; una aceptación irreflexiva de algunos estereotipos y prejuicios acerca del negro, adquiridos, sin duda, en la juventud y no erradicados efectivamente durante la formación jesuítica; un aislamiento de demasiados Jesuitas de las condiciones actuales de vida de los pobres y, por lo tanto, de los negros; una inconsciente conformidad con el pensamiento discriminatorio y con las normas de acción de la comunidad blanca que les rodea; un implícito miedo a represalias, a veces reales, para aquellos que participan en el apostolado activo con los negros; el criterio equivocado de que, ya que hay otros sacerdotes y religiosos dedicados al servicio de los negros, podía eximirnos de la obligación de contribuir con un esfuerzo mayor en la lucha por la justicia y caridad interracial; una falta de suficiente comprensión de que, mientras los Jesuitas están dedicados al servicio de la humanidad, por eso mismo están empeñados en el servicio de los pobres de Cristo. Su propia experiencia y estudio personal les sugerirá, sin duda, otras consideraciones.

Observo con alegría signos de una creciente preocupación.

Sin embargo, la Compañía de Jesús no ha dedicado sus recursos tal como la situación lo exige.

Con vistas hacia el futuro, no olvidemos, en primer lugar, que nuestro apostolado debe basarse en nuestro testimonio personal y colectivo de la pobreza real de Cristo.

Abocarse a soluciones eficaces.

Formación de nuestros jóvenes a base de experiencias personales. Preparación de expertos.

En los momentos actuales, sin embargo, observo con alegría una creciente preocupación por el apostolado entre los negros. Las oportunidades que se están ofreciendo, sobre todo a los jóvenes de la Asistencia, de experimentar una directa acción personal con los negros, son señales alentadoras de que los Jesuitas americanos se están haciendo más conscientes de sus obligaciones cristianas. Además, considero que son signos positivos de esta creciente preocupación las frecuentes conferencias públicas sobre los problemas raciales dadas por Jesuitas, los numerosos artículos acerca de la justicia interracial publicados en revistas de Jesuitas, el creciente énfasis en materias raciales en las actividades normales y extracurriculares de nuestros colegios de segunda enseñanza y Universidades.

Sin embargo, después del reconocimiento sincero de todas las realizaciones en el pasado y presente apostolado interracial, queda todavía en pie el hecho de que la Compañía de Jesús no ha dedicado sus recursos materiales y humanos en favor de los negros en la medida en que ellos necesitaban de nuestro servicio. La insuficiente actuación social de nuestros escolasticados, parroquias, casas de retiros, colegios y universidades en el pasado pueden ser acumulados con el fin de preocuparnos ahora de predicar, de enseñar y practicar las verdades cristianas acerca de la justicia y caridad interracial, de acuerdo con nuestra vocación de Jesuitas.

El espíritu de pobreza

Debemos mirar al futuro. Ante todo, nuestro apostolado debe fundamentarse plenamente en nuestro testimonio personal y colectivo de la pobreza real de Cristo. Las necesidades del mundo y las condiciones en que viven los pobres deben constituir un imperativo y un incentivo para remodelar nuestro propio standard de vida. El amor ignaciano a la pobreza debe inspirarnos a actuar de tal manera que "todo nuestro apostolado sea informado con el espíritu de pobreza" ("Ut totus noster apostolatus spiritu paupertatis informetur.") (C. G. XXXI, 18-4).

Antes de acudir a otros en busca de ayuda, ¿no es ya tiempo de buscar las vías y los medios de reducir nuestros gastos personales y comunitarios y, por lo tanto, de asistir y de identificarnos con los pobres de Cristo? Estoy plenamente convencido de que vuestra amabilidad y generosidad tradicional no van a fallar en este respecto. Esta será una prueba de nuestra sinceridad en el amor de Cristo pobre. "¿Qué le aprovecha, hermanos míos, a un decir: 'Yo tengo fe', si no tiene obras? ¿Podrá salvarle la fe? Si el hermano o la hermana están desnudos y carecen de alimento cotidiano, y alguno de vosotros le dijere: 'Id en paz, que podáis calentaros y hartaros', pero no les diereis con qué satisfacer la necesidad de su cuerpo, ¿qué provecho les vendría? Así también la fe, si no tiene obras, es de suyo muerta." (Santiago, 2, 14-17)

Plan de acción jesuítico

Para que mi carta no parezca reducirse a la mera enunciación de unos principios generales y un juicio crítico adverso, considero conveniente redactar las siguientes directrices como indicación del curso que deben tomar el pensamiento y la acción jesuíticos para atacar los males gemelos de la injusticia racial y la pobreza en los Estados Unidos.

1. En coordinación con el examen sociológico actualmente en marcha, los Provinciales con sus consultores, los superiores locales con sus comunidades, deben seriamente volver a determinar sus ministerios, potencial humano y otros recursos, con el fin de descubrir cómo enfocar del modo más eficiente posible su potencialidad sobre los graves problemas racial y de la pobreza. Este potencial debe ser entonces utilizado vigorosa y valientemente en servicio de los pobres de Cristo.

2. Todos nuestros hermanos más jóvenes deben ser concienzudamente preparados, desde el noviciado y progresivamente, en los principios de la justicia social y la caridad. Por lo tanto, con el adecuado miramiento por las exigencias de su formación académica, dése a los sacerdotes, escolares y hermanos la oportunidad de adquirir una experiencia personal confrontando los

problemas reales de los barrios urbanos y discriminación racial. Los superiores deben tener presente la necesidad de conseguir auténticos peritos en relaciones raciales.

Fomento de vocaciones negras.

3. El hecho de que haya tan extraordinariamente pocos jesuitas negros en los Estados Unidos es causa de inquietud. Las vocaciones negras no sólo deben ser fomentadas concienzudamente, sino que, si es necesario, se deben dar a los negros especiales oportunidades para que se preparen para el ingreso en la Compañía.

Explicar nuestra doctrina cristiana con todas sus exigencias.

4. Al explicar la doctrina cristiana debemos enseñar la justicia interracial y la caridad como una parte integrante y vital de nuestra fe y compromiso católico. Debe ser eliminada totalmente de nuestros ministerios cualquiera práctica que refleje alguna forma de segregación o discriminación racial por muy sutil o pragmática que sea.

Nuestros colegios y universidades pueden desarrollar gran variedad de programas. Algunas sugerencias.

5. En "high schools", colegios y universidades tenemos que multiplicar nuestros esfuerzos para estimular la inscripción de negros cualificados y la creación de programas especiales para ayudar a los negros en condiciones de desventaja a conseguir los niveles de admisión; deben solicitarse con este fin becas especiales y otras ayudas financieras. Debemos usar nuestra influencia para dirigir o patrocinar conferencias, seminarios, talleres, instrucciones y otras cosas semejantes, referentes a problemas como libre alquiler de alojamiento, igualdad de oportunidades de empleo, promoción por méritos, servicios médicos, condiciones sanitarias y rehabilitación urbana. Debemos urgir, en nuestros colegios y universidades, la creación de institutos de relaciones humanas y asuntos urbanos por miedo de los cuales dichas instituciones pueden quedar íntimamente comprometidas, a través de la investigación y programas de acción, en el remodelamiento de las áreas metropolitanas en las que están ubicados. Como se está haciendo en muchos sitios, deben promoverse y reconocerse como actividades extraordinarias de curso, programas específicos que implican contactos y servicios personales de los alumnos con la población de los barrios de las ciudades. Además, debe considerarse seriamente la viabilidad de permitir a los Jesuitas de enseñar en las facultades de los colegios de negros y de las "high schools" de los barrios de las ciudades. Finalmente, debemos empeñar nuestra influencia con objeto de reclutar negros para servicios en las facultades y personal administrativo de las instituciones jesuíticas.

En nuestras parroquias.

6. En nuestras parroquias debemos esforzarnos encarecidamente con nuestros feligreses para que el negro sea auténticamente bien recibido y ayudarle para que participe en todas sus formas en la plenitud de la vida parroquial. La doctrina cristiana sobre la justicia social y la caridad, con aplicaciones específicas al problema racial, debe ser materia frecuente de nuestros púlpitos.

En nuestras casas de retiro. Enfoque de los Ejercicios Espirituales.

7. En nuestras casas de retiros deben darse los Ejercicios Espirituales de tal manera que se promueva tanto la moral social como la individual, y así inculcar la Cristiandad integral. Este enfoque es de gran importancia, ya que muchos, si no la mayoría, de nuestros ejercitantes están en posición de hacer avanzar o retrasar el desarrollo de la justicia social y la caridad en las profesiones, en los negocios, en los sindicatos (en política y en la aceptación pública general). Apenas es necesario repetir que por ninguna razón es admisible en nuestras casas de retiro un modo de actuar en la admisión que implique una segregación racial.

En nuestras congregaciones que luchan por la justicia y caridad interracial.

8. En nuestro trabajo con las congregaciones debemos hacer esfuerzos especiales para estimular a nuestros congregantes con celo apostólico a derribar la barrera anticristiana de prejuicio y discriminación racial y a emprender programas específicos de acción para enraizar su compromiso y aumentar su eficiencia en este apostolado.

Adjudicar nuestros contratos a empresas no segregacionistas.

9. En la firma de contratos para la adquisición de bienes y servicios debemos tomar precauciones especiales para preferir sólo a aquellas sociedades de negocios y compañías constructoras que hayan adoptado y observen en la actualidad los cánones de una práctica de empleo justo.

Cooperación con las diversas organizaciones que luchan por la justicia y caridad interracial.

10. Debemos buscar el cooperar con los muchos esfuerzos que se están haciendo por gente sincera, inteligente y valerosa, católicos y no católicos, creyentes y no creyentes, que están haciendo contribuciones sustanciales para la causa de la justicia interracial y la caridad. Por lo tanto, según indiquen las circunstancias, debemos estar al servicio de tales organizaciones como las

comisiones diocesanas para relaciones humanas, los consejos diocesanos interraciales y los varios grupos de creyentes y no religiosos que trabajan devota y eficientemente por este objetivo común.

Programas prácticos

Además de estas directrices más generales, y en orden a incrementar su eficiencia, quiero indicar un procedimiento específico.

En un futuro próximo, los Padres Provinciales nombrarán consultores en cada Provincia cuya obligación será redactar, a la luz de discusiones de provincia y de comunidad, recomendaciones específicas sobre cómo cada Provincia o región puede responder mejor a las directrices generales arriba indicadas. Las recomendaciones resultantes serán sometidas a los Provinciales antes de su reunión de la primavera de 1968.

Entre estas recomendaciones sugiero: primero, que haya un informe sobre el resultado práctico de fundar, con la aprobación eclesial, una residencia jesuítica separada en una sección negra pobre de una o más de las grandes ciudades en cada Provincia. Aquellos que quieran vivir en tal casa estarán preparados para llevar una vida de pobreza acomodada a la de sus vecinos, con el fin de hacer presente a Cristo pobre y humilde entre aquellos a quienes sirven y entre los que viven.

Segundo, habrá una proposición sobre la posibilidad de nombrar un Director, a tiempo completo, de apostolado interracial para cada Provincia o región.

Aquellos que sean designados para el apostolado interracial se prepararán para ello con cursos de preparación intensiva en problemas particulares de los barrios de la ciudad. Así estarán preparados intelectual y psicológicamente para acercarse con comprensión y compasión a las necesidades espirituales y materiales de los pobres.

Quisiera que estas residencias de barrio estuvieran puestas en marcha antes del final de 1968.

Recomiendo encarecidamente la creación de residencias en medio de los sectores negros pobres de las ciudades. Quisiera que para antes de fines de 1968 estén ya en marcha.

Conclusión

Para terminar permitidme asegurarnos que comprendo claramente el difícil desafío que tenemos que encarar. Reconozco que algunos tendrán que reexaminar sus actitudes raciales y llevarlas a conformarse con las enseñanzas de la Iglesia. Me doy cuenta además de que el apostolado que he perfilado puede levantar reacciones adversas en algunos sectores fuera de la Compañía. Soy consciente de la posibilidad de una disminución de ayudas financieras para los ministerios en que estamos ahora comprometidos. Sé que el fiel ejercicio de este nuevo ministerio requerirá una profunda dedicación y un celo perseverante. Un valor sobrenatural en alto grado será indispensable para el sacrificio que tenemos que hacer en orden a reagrupar nuestro potencial humano y nuestros recursos para acercarnos a las necesidades urgentes de nuestros hermanos en Cristo que languidecen en degradación racial y pobreza inhumana.

Pero en el celoso y perseverante trabajo de este apostolado acompañará un gran consuelo de acelerar una nueva era en la que todos los hombres tendrán una bien fundada esperanza de vivir en la plenitud de su dignidad dada por Dios. Al enfrentar este desafío llevaremos vida y un testimonio visible a la validez, la integridad, la credibilidad y lo apropiado del mensaje cristiano en un mundo progresivamente escéptico de la sinceridad de los cristianos si no del mismo cristianismo.

Finalmente, nosotros, jesuitas, debemos estar convencidos de que nuestro trabajo en el apostolado interracial sólo será efectivo en la medida en que esté trascendido con el espíritu de aquel que dijo: "En esto conocerán los hombres que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros."

Devotamente en Cristo,

PEDRO ARRUPE
General de la Compañía de Jesús

Roma, en la fiesta de Todos los Santos.
Noviembre 1, 1967.

El encarar este problema racial nos va a exigir sacrificios de todo género. Debemos afrontarlos con gran espíritu sobrenatural. Tendremos el consuelo de haber sido consecuentes al unir lo que practicamos con lo que predicamos.